

SABINO CABEZA

FRONTERA OSCURA



minotauro

SABINO CABEZA

FRONTERA OSCURA

minotauro

© Sabino Cabeza, 2020
Iconografías de inicio de capítulo: © Daniel Aguilar, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0810-2
Depósito legal: B. 10.575-2020
Preimpresión: María García

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Cuaderno de Bitácora de la capitana.

Nave de exploración cartográfica Banshee, matrícula HH3-FDM/31415, del Servicio Cartográfico, Consorcio de Astrogación de la Flota de la FDM.

Fecha estelar estándar: 15 de julio de 2560.

Anotación de la capitana F. W. Schiaparelli, 22:40 horas, cronología estándar (corrección $\pm 3,2$ índice Kernel Prime).

Hemos llegado.

No tengo palabras. No las hay. Al menos no esta noche. Adjuntar datos técnicos o matemáticos es absurdo. Debieron enviar a un poeta, no a un grupo de científicos. La verdad no puede decirse con ecuaciones.

La verdad no puede decirse. No del todo. No entera.

Fin de entrada.

¿ Cómo describirlo?

Echó un vistazo a los monitores sobre su cabeza. En la insustancial presentación holográfica, los datos corrían veloces. Datos y datos, miles, millones de ellos. Los guarismos, los símbolos y las letras no cesaban de llegar. Tamaño, masa, velocidad angular, distancia, energía emitida, densidad de partículas, efectos gravitatorios... En las horas que llevaban allí, en una órbita estable y segura, los sensores y detectores de la nave no habían parado de trabajar. Ni lo harían. Pero la información recogida decía de él tanto como un escáner médico de la personalidad de un paciente: nada.

Él. Curioso. Así que ya lo había dotado, con esa simple palabra, de personalidad. Sonrió, como tenía por costumbre, de medio lado. Solo el borde izquierdo se desplazaba hacia arriba, levemente, un atisbo de sonrisa. Un gesto adusto, decían, que la identificaba entre los miembros de la Flota con un sobrenombre estúpido: Florence *Media Vida*. Estúpido y bastante malvado. El lado derecho de su cara, afectado por una parálisis veinte años atrás, permanecía siempre impassible. Quien la miraba desde ese ángulo podía muy bien tomarla por un cibernético. Algo que, en realidad, no la incomodaba. En cuanto a sus sentimientos y expresiones, parecer un cibernético, solo un poco, era lo adecuado para una capitana de la Flota. No le costaba esfuerzo mantener el aspecto serio y formal que se esperaba de su rango. Era la más joven entre los capitanes, un logro que pocos habían conseguido antes que ella. Cuando la ascendie-

ron tenía exactamente la misma edad que la mítica Ursa Krasnaia en su Primer Salto: treinta y nueve años. Y de su ascenso ya hacía dos. Dos años estándar. En su mundo natal, Armonía III, aún no pasaba de treinta: el típico desfase entre la cronología estándar y las de los mundos federales. A ella, que llevaba casi toda su vida en el espacio, le daba lo mismo. El tiempo es relativo, como el espacio. Su flujo depende de la gravedad.

La gravedad... Allí eso era tanto como un chiste. Cerca de él, la gravedad solo era trascendencia pura.

Lo miró directamente. Pero no había mucho que ver. A través de la portilla delantera, sin ayuda de instrumentos, lo único que se veía era una superposición de delgados anillos luminosos, concéntricos, producidos por la deformación que causaba sobre el fondo estelar. El típico efecto de una lente gravitatoria, por supuesto. En el centro, de un negro absoluto, había un círculo más pequeño: la pupila en el iris de un ojo colosal.

No había disco de acreción digno de ese nombre. Los sensores indicaban que el gas que lo rodeaba no era lo suficientemente denso como para hacerlo visible sin ayuda. Pero algo sí se veía: una suerte de emborronamiento que te impulsaba a frotarte los ojos, como cuando se te nubla la vista porque estás llorando. O porque acabas de levantarte después de una noche de guardia. O una noche de jarana con los colegas, de las que acaban con resaca y en la cama de un desconocido. De esas había tenido menos que guardias. Pero se parecían: mal sabor de boca y el cuerpo tundido.

Movió la mano derecha hacia la consola de escáneres. Seleccionó los filtros de rayos X y gamma. Entonces lo vio.

Así era en verdad. ¿Negro? Nunca pensó que algo tan negro pudiera ser tan brillante. Qué mal escogido estaba el nombre. Negro en la mirada humana, radiante en el universo primordial. Lo que a simple vista parecía una región en sombras de repente se había vuelto ardiente como una estrella gigante naranja. Una gigante que tuviera, eso sí, una negra pupila en el centro. Volvió a pensar en un ojo. Pero ahora era un ojo inmisericorde, inmenso, rodeado de fuego, el fuego de la Creación. Aquello solo podía ser el Ojo de Dios.

No era creyente, claro. En esos tiempos, ¿qué científico lo era? Pero mirándolo, hundida en el respaldo de su sillón, se sintió de repente atrapada. Aquel ojo sin párpado no pestañeaba. Aquel ojo de fuego la miraba directamente a ella. Solo a ella, diminuta, infinitesimal, insignificante, apenas un grumo de materia orgánica protegida de esa mirada, de su radiación letal, por la piel cerámica del cascarón de nuez de la nave.

Su mano se tendió otra vez. No le hacía falta dirigir la vista al tablero, lo conocía como su propio rostro. Activó los sistemas de audio. Transformó las ondas de energía que de él llegaban en sonido. De repente, la cabina resonó con los truenos del infierno, con las voces de un millón de dragones, con los gemidos de mil millones de almas condenadas. Aquella era la Voz de Dios, digna acompañante del Ojo de Dios. Y si estuvieran más cerca, mucho más cerca, sentirían el Poder de Dios.

¿Cómo no ser creyente ante su presencia? Durante un largo rato lo observó absorta. Observó el lento, en apariencia, movimiento del delgado disco luminoso en su ecuador, el brillo opalescente que envolvía el negro esferoide central, claramente achatado en los polos. Observó el flujo de materia incandescente a su alrededor. Lo observó como un zoólogo examinaría a una fiera dormitando al sol después de devorar a su presa: desde la distancia. Pero incluso desde ahí, el agujero llenaba más de un tercio de la vista frontal. Un agujero... Curioso. Después de tantos siglos, seguían llamándolos agujeros cuando, en realidad, eran esferas de un negro profundo que abrían sus fauces hacia nadie sabía dónde. Jugarretas de la percepción humana, incapaz de ir más allá de las tres dimensiones espaciales.

Se dio cuenta de que no sabía cómo llamarlo. En los bancos de datos solo era un conjunto de cifras: X32-AK-5478. Cifras que nada significaban si no conocías el código del Sistema Cartográfico de la Flota. Eso no era un nombre digno de su majestad, desde luego.

La puerta se abrió tras ella, aunque no la oyó.

—Capitana. —Ella no se volvió—. ¡Capitana!

Cuando la tocó en el hombro, respingó y se dio la vuelta. Tendió la mano derecha y desactivó el audio.

—¿Sí? ¿Qué quiere, Méndez?

—Señora, disculpe, pero... ¿qué hacía? Nos ha dado un buen susto...

Ella alzó la comisura izquierda. Se había dejado llevar por las fuerzas de la naturaleza.

—No, discúlpenme ustedes. Quería oír la voz de nuestro nuevo amigo.

—Vaya si la ha oído. Todos la hemos oído.

El Primer Oficial se sentó a su lado para contemplar la inimaginable escena. La portilla delantera mostraba en toda su extensión el agujero negro. Un vórtice hacia ningún lugar.

—Es impresionante —dijo él retrepándose en el asiento—. Ayer me pasé casi toda mi guardia viéndolo así. No se me ocurrió lo del audio. No me canso de mirarlo. Es como mirar de frente una puesta de sol, como cuando dejas de ver con claridad porque la luz te ha cegado.

La capitana sonrió de medio lado.

—Se nota que nació usted en un sistema estelar de clase G.

—Así es. En Barbanne. Pero su sol no se puede comparar a esto. No sé si me entiende.

—Lo entiendo. Yo también soy de tierra. Aunque Armonía tiene un sol algo más rojo.

—Claro, Armonía... Nunca le he preguntado. ¿Armonía III o IV?

—Tres. Es el único lugar que merece la pena allí. Cuatro es frío e inhóspito. Su atmósfera es casi irrespirable.

—Conozco Cuatro. Un sitio aburrido. —Méndez se levantó para dirigirse a la puerta—. Debo seguir con mi estudio preliminar, solo quería asegurarme de que no le pasaba nada.

—Vayamos. —La capitana se levantó también—. Por hoy lo dejaré aquí. Los sensores no paran de registrar datos. Ya hay como para llenar mil enciclopedias galácticas.

Antes de desconectar los filtros, miró de nuevo el agujero. El Ojo de Dios la contempló sin parpadear. El Ojo de Dios... Aunque bien podía ser el Ojo de Lucifer. A fin de cuentas, pensó alzando la comisura izquierda, eran padre e hijo. ¿No era así? No era muy versada en religiones comparadas.

Su dedo índice pasó sobre la consola virtual y el Ojo dejó de mirarla.

—Le sigo, Méndez.

Lentamente, la cubierta protectora de la portilla se deslizó ocultando la sombra que él habitaba.



Como capitana, una de sus pocas prerrogativas era la de disponer de camarote propio. El resto de la tripulación compartía el escaso espacio habitable en cabinas dobles. Tres cabinas, seis personas. Siete en total, contándola a ella. La *Banshee* era un navío pequeño, incluso para los estándares de la Flota Federal. Las naves del Servicio Cartográfico no eran ni las más grandes ni las más modernas. Al menos en lo referente a las condiciones de habitabilidad. Sus equipos de detección, en cambio, ocupaban la mayor parte del espacio a bordo. Teniendo en cuenta que la cartografía estelar requería de largos periodos de tiempo varados en un mismo lugar, resultaba desalentador que nadie en la Administración Federal considerara prioritaria la comodidad de los tripulantes.

Los sueldos, sin embargo, no estaban mal. Pero no era eso lo que atraía a la gente como ellos. Eran los exploradores del siglo veintiséis, gente resuelta, dispuesta a todo, capaz de soportar lo insoportable. Gente muy bien formada, hábil, con recursos. Una misión de cartografía planetaria o estelar bien podía durar más de un mes en tiempo estándar, así que los miembros del Servicio Cartográfico del Consorcio de Astrogación Federal debían tolerar espacios pequeños y atestados, y otras muchas incomodidades. Todo en aras del saber y la ciencia.

Las tripulaciones se escogían meticulosamente en función de sus perfiles psicológicos. Solía ser gente con pocas ataduras familiares o emocionales, capaz de pasar mucho tiempo alejada

de cualquier mundo civilizado. Al final, casi siempre, formaban entre ellos verdaderas familias. Con los altibajos propios de las verdaderas familias. Nada garantizaba la ausencia de conflictos, aunque, por lo común, no eran frecuentes. Todos compartían idéntico rasgo: la fascinación por el universo.

Ella la sentía desde niña. Su mundo natal, en el Cuadrante Medial del Brazo de Orión, tenía uno de los cielos nocturnos más increíbles de todos los planetas habitados. Pasaba horas y horas contemplando la acumulación de gas y polvo estelar sobre el cielo boreal de su mundo, relativamente cercano a una nebulosa que antaño fue una estrella moribunda. Siempre se preguntó qué había más allá, qué hubo antes de todo, y qué habría después de todo. Así que elegir como profesión la Astronomía, y por ende la Cartografía, ni siquiera fue una elección, sino una mera consecuencia de sus inquietudes juveniles.

Allí estaba ahora, con cuarenta y un años, capitana de un navío cartográfico pequeño e incómodo, sí, pero al borde de uno de los pocos agujeros negros contemplados de cerca en toda la historia de la navegación humana. Desde el Primer Salto de Krasnaia y sus Alegres Siete, trescientos cincuenta años atrás, apenas habían sido visitados una docena de ellos. No era fácil hacer los cálculos de salto. Si para los más corrientes, a estrellas de clase G y planetas habitados, ya era laborioso, alcanzar uno de esos inimaginables sumideros cósmicos requería algo más: audacia. O estar muy mal de la cabeza.

Primero por su dificultad para localizarlos. En la extensión del Brazo de Orión, al menos en la zona accesible para las actuales tecnologías de salto, no había muchos cartografiados. Se conocían aquellos que emitían radiaciones muy potentes, los que formaban sistemas dobles, los que, aun siendo invisibles, alteraban claramente las órbitas de otros astros... Los agujeros supermasivos del Centro Galáctico estaban muy fuera del alcance de cualquier navío, por muy avanzado que fuera. La distancia seguía siendo ingente. Y, por descontado, el propio Sagitario A, el monstruoso abismo central de la Vía Láctea, resultaba imposible. Por miles de razones.

Se habían hecho muchos intentos.

Y había muerto mucha gente. Lo cual, en realidad, solo era una suposición. Si la nave no daba señales y no regresaba en el tiempo previsto, había que asumir su pérdida. Eran tantas las cosas que podían fallar que no merecía la pena catalogarlas. Y una expedición de rescate carecía de sentido. Las tripulaciones conocían el riesgo. Sabían a lo que iban. Sabían que podían muy bien no regresar.

Desde que comenzaran los viajes oficiales de exploración cartográfica, allá por el siglo veintitrés, ciento cuarenta y tres de ellos habían sido a las inmediaciones de un agujero negro. Ciento treinta y dos no habían regresado. La proporción de fracasos era enorme, lo que, extrañamente, no disuadía a quienes se arriesgaban una y otra vez. El mérito de lograr una aproximación exitosa era incontestable. Las once expediciones que hasta la fecha sí habían retornado figuraban en los Anales de la Marina Federal con letras doradas. Volvieron con valiosísimos datos sobre binarias, sobre agujeros con rotación o sin ella, unos grandes, otros pequeños, que sin duda permitieron mejorar los algoritmos de navegación y las posibilidades de saltos aún más arriesgados. Ellos eran, por lo pronto, la expedición duodécima con éxito. En la Federación no se sabía aún de ese éxito, claro. Pero si todo iba bien, la fama, los honores y una sustanciosa prima los esperaban a su regreso.

Nadie había logrado llegar lo suficientemente cerca de uno de esos leviatanes ocultos en el océano de las estrellas. Recordó de pronto, siendo cadete en la Academia, haber visto mapas de la Vieja Tierra. De un tiempo en el que los océanos aún marcaban los límites entre lo conocido y lo desconocido. En los bordes figuraban bestias mitológicas que, decían los marineros, vivían en las profundidades. De vez en cuando emergían y arrastraban a los buques al fondo.

Sin duda, allí vivía una de esas bestias. Oculta en un remolino de radiación y partículas que se aceleraban hasta la velocidad de la luz en su intento fútil de escapar del Horizonte de Sucesos. Una bestia capaz de arrastrarlos al fondo. Pero un fondo que ni siquiera estaba en el mismo universo que ellos. Un lugar sin retorno, del que ni la propia luz podía escapar.

Que el riesgo y el gran número de fracasos no disuadiera a los expedicionarios solo tenía una explicación: el afán humano por ir más allá, por probarse en el límite de lo posible, de lo improbable.

¿Y qué hay en el universo más cercano al concepto de límite? Por supuesto: la singularidad en el corazón de un agujero negro.

Florence, repasando las holograbaciones de las últimas horas, se hizo esa misma pregunta: ¿por qué? ¿Por qué me presenté voluntaria para esta misión? ¿Por qué convencí a mi tripulación para aceptar este trabajo? El último salto a un agujero negro conocido, salto con éxito, fue veinte años atrás. Un sistema binario de azul supergigante y agujero negro que danzaban un mortífero minué que acabaría con la desaparición de la estrella en unos millones de años. La expedición se adjudicó el mérito de traer los datos necesarios para el diseño de los primeros prototipos de acumulador de energía radiada desde un Horizonte de Sucesos. La teoría era buena, y seguramente transcurriría aún mucho tiempo antes de que fuera operativa. Algo todavía en ciernes, pero que prometía resultados alentadores. Al menos para aquella tripulación así fue: la Corporación Matrikander, la número uno en empresas energéticas, los hizo ricos. Quizá no famosos, pero sí muy ricos.

A ella no le interesaba el dinero. Su rango en la Flota la proveía de lo necesario. Podía haberse dedicado al cabotaje, a la exploración planetaria, incluso podía haber optado a un puesto en la Armada Federal, donde habría disfrutado de las mejores naves y de los mejores equipamientos. Algo que, con los años, la habría llevado hasta lo más alto de la cúpula militar. Un futuro halagüeño.

Pero decidió otra cosa. La imagen de la nebulosa de la Hélice, en la constelación de Acuario, a apenas unos años luz de su mundo natal, presidía los cielos nocturnos de su infancia. El Ojo de Dios, la llamaban, visible desde el atardecer hasta el amanecer. Vaya, no lo había pensado. ¿Por eso nombró así a X32? Otro ojo omnipresente que lo veía todo. Quienes vivían en los mundos cercanos a la Hélice solían creer en dioses y seres

celestiales. La gente necesitaba creer, fuera lo que fuera. Creer en algo más allá de sus vulgares vidas, en algún enigma que la ciencia no hubiera resuelto. La gente quería trascendencia. Misterio. Algo tan viejo como la humanidad.

Ella también quería trascendencia, misterio, enigmas. Pero dentro de los estrictos parámetros de las verdades científicas, las únicas, en su opinión, dignas de tal nombre. ¿Qué es la verdad sin un correlato matemático? Semejante modo de pensar no le había granjeado demasiados amigos. La consideraban fría y cerebral. Esa, seguramente, fue la razón de su solitario modo de vida. Algo que no se molestaba en rebatir. Todo el mundo creía que su verdadero amor era su trabajo. A ella le daba igual lo que creyeran. Lo curioso es que, en realidad, nunca estaba sola. Poca soledad había en un navío cartográfico en el que hasta para estar a solas debían hacer turnos.

La verdad, sin matemática alguna, era otra. Veinte años atrás, en el accidente que paralizó la mitad de su rostro, algo más quedó paralizado. Tal vez su alma, su corazón. Palabras vanas para expresar sentimientos que apenas comprendía. Fue un accidente de tantos, propio de quienes se arriesgan en el espacio exterior. En él murió el hombre al que amaba. Le costó amarlo, tardó en decidirse. Dudó y dudó hasta tomar la decisión. La tomó, se arriesgó, fue feliz. Muy feliz. Luego él murió. Y la devastación que sintió bien podía compararse con aquel abismo ante sus ojos. Tanta energía anímica gastada, tanto sentimiento derrochado que no sirvió para nada. El amor, decidió entonces, no era una inversión rentable. Así que Florence *Media Vida* se dedicó a su trabajo. Solo a él. Y olvidó todo lo demás. O, al menos, lo intentó.

Un golpe de nudillos sonó en la puerta de su diminuta cabina.

—Adelante. —Cerró la interfaz de su diario personal mientras su Primer Oficial entraba.

—La comida está lista, capitana. La estamos esperando.

—Gracias, Méndez. ¿Qué ha preparado hoy el chef?

El Primer Oficial sonrió. Era una broma común a bordo. Así llamaban al sintetizador nutricional: «chef Orlando». Era el

nombre de la empresa fabricante, Orlando NutriSystems, que proveía a todos los navíos de la Flota Federal. Eso sí, la Flota solo compraba los modelos más básicos, los que producían pastas, papillas y tabletas de algo parecido al lodo. Lodo de diversos colores y sabores. Nutritivos y sanos. Pero aburridos hasta la náusea. Lo primero que hacía cualquier tripulante federal de poca monta, como ellos, al llegar a lugares habitados era comer. Comer en condiciones. En los grandes navíos, en los cruceros de lujo, las personalidades y jefazos comían de verdad. No pasta sintética saludable. Y por descontado en una nave cartográfica no había otra posibilidad.

—De primero hay suflé de salmón, y de segundo codornices estofadas. De postre podemos elegir entre crema helada de nueces o sorbete de mandarina —dijo él sonriendo.

Ella sonrió también, pero de medio lado. Los nombres de los platos eran literales. La sustancia que se correspondía con esos nombres sería una papilla de color salmón, otra de color marrón, y dos más en tonos beige o naranja. Seguro que los programadores de los sintetizadores tenían sentido del humor. Debían de pensar que, ya que las opciones eran tan poco interesantes, al menos los nombres sí lo serían.

—No hagamos esperar al chef. Vamos.

—¿Alguna novedad? —preguntó mientras sacaba su bandeja del zócalo del sintetizador.

Tomó asiento a la cabecera de la mesa, el sitio del capitán.

—Bastantes, capitana. —La operadora de sistemas telemétricos, la sargento Leavitt, paladeaba su pasta de salmón como si realmente fuera una delicia—. Hemos determinado la densidad de partículas por segundo que caen sobre el Horizonte. Es bastante alta. No tanto como para que el disco de acreción sea muy visible a ojo desnudo. Pero lo suficiente, así que hay mucha radiación. Sobre todo X y gamma.

—¿Supone algún peligro?

Florence metió tentativamente su cuchara en la pasta. Arrugó el ceño: la consistencia era la de un puré para bebés.

—No, en principio. Pero si hubiéramos llegado hace un par de miles de años, habríamos encontrado unos hermosos chorros de gases eyectados desde los polos. Los datos indican que hace no mucho tiempo el agujero se alimentó de alguna estrella compañera, o de un planeta errante. O de un asteroide de buen tamaño.

—Bueno —respondió Florence tras probar su primer plato—. Eso posiblemente nos hubiera matado al instante, así que demos gracias por haber llegado tarde. ¿Algo más?

—De momento no, señora. A esta distancia las turbulencias en el plano de rotación no nos permiten ver demasiado. Quizá deberíamos acercarnos más...

—No expondré la nave hasta que garanticemos la seguridad. Apáñense con los sensores de largo alcance. No me cabe duda de que los astrónomos de Kernel Prime envidiarían nuestra posición. Primero...

—Diga, capitana. —Méndez ya había pasado a la pasta marrón. El pescado no era lo suyo. El sintetizador estaba programado para hacer menús fijos cada día, y había que aguantarse con lo que cocinara el chef Orlando. Normas de la Flota.

—¿Para cuándo tendremos los análisis vectoriales y los cálculos de aproximación?

—Mañana a estas horas habrá cálculos preliminares válidos. Hemos encontrado diferencias gravitacionales significativas con las tablas oficiales.

—¿Positivas o negativas?

Florence intentó pensar que la sustancia asalmonada era en verdad una delicia gastronómica. A veces le daba buen resultado si cerraba los ojos. Pero no siempre.

—Positivas. En alto grado. El gradiente gravítico es mayor de lo previsto. Hay que introducir factores de corrección.

—Bien. ¿Hastings?

El Navegante levantó la vista de su bandeja. Él ya iba por la supuesta crema de nuez.

—¿Sí, señora?

—Nunca, imagino, se ha enfrentado usted a algo como esto. ¿Alguna sugerencia?

—Bueno... He practicado mucho en simuladores. Hice algunos saltos reales a varias enanas blancas, y lo más difícil, descontando el salto hasta aquí, fue al pulsar de Kettel-245. Pero, desde luego, la aproximación final a un Horizonte de Sucesos nunca la he hecho de verdad. ¿Tiene dudas sobre mi capacidad, señora?

Florence alzó la comisura izquierda. Hastings era uno de los mejores Navegantes que había conocido en su larga carrera. Y llevaban sirviendo juntos más de quince años. Si había alguien capaz de llevarlos más cerca del agujero, sin duda ese era él.

—De usted, no, Hastings. De la Inteligencia de esta nave... Bien, ese es otro asunto. Ojalá nos actualizaran de una vez los núcleos de computación. No será necesario acercarnos tanto. Pero sería interesante, siempre en aras de la ciencia, ser los primeros en medir las fuerzas de marea de un agujero negro real. Las expediciones anteriores no lo hicieron. Quiero decir, las que tuvieron éxito.

—Seríamos los primeros, sí —respondió Hastings—. Eso suponiendo que las otras expediciones, las fallidas, no hubieran fracasado precisamente por intentarlo.

—Confío en usted. En todos ustedes. — Se había decidido por el sorbete de mandarina. Una pasta anaranjada y fría, apenas distinguible de las de los otros colores. La tripulación hizo diversos gestos formales de asentimiento y agradecimiento.

Los miró disimuladamente mientras comían. Seis años en la *Banshee*, aunque la mayoría, como pasaba con Hastings, se conocía desde mucho antes, e incluso habían servido juntos en otras naves. Al principio fue bajo el mando del capitán Antilles, jubilado ya, y al que ella sustituyó. Pasó la vista uno por uno.

La sargento Lara Leavitt, astrofísica, risueña y cachazuda, que arrastraba las palabras al hablar, y cuyo ensortijado cabello rojo daba más de un problema cada vez que Sophie Tan-Dun, la ingeniera de Sistemas Computacionales, sentada frente a ella, hallaba alguno sobre sus consolas inmaculadamente limpias. Salvo por eso, las dos mujeres eran buenas amigas. Florence daba por hecho que eran más que amigas. Las *Normas de*

Urbanidad, Moral y Policía de la Flota Federal, abreviadamente Normas, prohibían expresamente las relaciones sentimentales entre miembros de una misma tripulación, algo que, por lo general, y en navíos grandes, solía pasarse por alto. Porque todo el mundo sabía que, aunque esas relaciones casi siempre eran fuente de problemas, convenía hacer la vista gorda a favor de una cierta liberación de tensiones emocionales. En naves tan pequeñas, donde la intimidad no existía, ni siquiera se consideraba la posibilidad. Pero eso no impedía leer entre líneas... Como capitana, no había tenido que exigir nunca el cumplimiento de las Normas. Lo que la tripulación hiciera en sus horas de asueto en los puertos o rotaciones de descanso no era asunto suyo.

A su derecha, el teniente Hastings y el comandante Méndez se sentaban lado a lado. Llevaban sirviendo en la Flota, junto a ella, desde mucho tiempo atrás. Méndez fue compañero suyo en la Academia de Navegación y Astrogación y se graduaron en la misma promoción. Aunque el Navegante era Hastings, los tres podían muy bien desempeñar esas funciones. Algo útil siempre en todo salto, y más en una nave diminuta como la *Banshee*. Todos tenían funciones diversas. Había que maximizar el uso del personal. Allí todo estaba medido, controlado y revisado como no se hacía en los grandes buques, donde la disciplina, o eso pensaba ella, no era lo que debería ser.

A su izquierda, manejando la cuchara como si fuera instrumental quirúrgico, se sentaba Duchesse Riomar. Una belleza de piel oscura con la mente de un cerebro positrónico y unas dotes analíticas que ya quisiera poseer la IA de la nave. Llevaba el pelo cortado a cepillo, y se tomaba muy en serio los protocolos de salud física de la Flota. Se apañaba para, en la gravedad algo más baja que la estándar de la Federación, y en la escasez de espacio, realizar rutinas de entrenamiento corporal que, solo de contemplarlas, ya causaban agotamiento a los demás. Algo que, por descontado, jamás estorbaba el desempeño de su trabajo como Controladora de Sistemas y Armamento. Lo de «armamento» era más bien nominal. La *Banshee*, como navío

cartográfico, solo disponía de dos proyectores láser antimeteoritos y un sencillo sistema de pulso ELM estándar. Llamar a eso armamento sonaba pretencioso, salvo que se consideraran como tal algunos sistemas de emergencia con cerrojos explosivos o sistemas de eyección. Pero la sargento Riomar se lo tomaba tan en serio como sus rutinas de entrenamiento. No estuvo en la tripulación original con Antilles, así que ella, que aún se sentía un poco extranjera, se esforzaba más en sus tareas. Florence la dejaba hacer. Prefería que sus subordinados siguieran sus propios ritmos. Riomar no había llegado todavía al punto de requerir algún consejo de la capitana. Que básicamente sería: «sargento, baje el ritmo». En la Flota Federal, los consejos de los capitanes se valoraban mucho. Como si un capitán, por el hecho de serlo, hubiera sido bendecido con algún saber especial.

El último miembro, al que todavía consideraban recién llegado a pesar de llevar con ellos un año, era Horace Mankiewicz, el ingeniero de Motores. Responsable del funcionamiento de las graviturbinas y del Compresor Anagravónico. Un tipo serio y formal. Ideal para convivir en un espacio tan pequeño. Siriano de pura cepa, nacido en la Estación Orbital de Sirio B, hablaba con la afectación típica de sus congéneres. Históricamente, tal vez por ser Sirio la primera Estación Orbital establecida desde la Vieja Tierra, sus habitantes tenían la manía de considerarse especiales. Y el resto de la ciudadanía solía considerarlos pomposos, presumidos y, en general, bastante insoportables. Pero el trabajo del subteniente Mankiewicz era irreprochable. Su disposición a desempeñar cualquier otra tarea y a ayudar en lo que hiciera falta, también, suavizaba mucho, en opinión de la tripulación, su tendencia a la grandilocuencia.

Fuera como fuera, tenía bajo su mando a una excelente tripulación. Todos podrían haber logrado mejores puestos en naves más importantes, sus calificaciones daban para mucho más. Pero todos deseaban estar precisamente ahí. En esa nave. Cada cual tenía sus razones para servir en un navío cartográfico, y no de los más importantes. Razones que, al parecer, coincidían en

un punto: solo en una nave pequeña podían afrontar misiones de exploración fuera de las grandes rutas de navegación. Y con la libertad y tranquilidad que otorga el ser insignificantes. Exploración pura, sin trabas. El Alto Mando de la Flota no se preocupaba por los viajes de cascarones de ese tamaño. Si la capitana presentaba una hoja de ruta para visitar una nebulosa de gas, un púlsar furibundo o una gigante azul, nadie ponía trabas burocráticas. Pequeños vehículos de exploración como el suyo había a cientos. Eso sí, el presupuesto disponible era acorde al tamaño de la nave. Todo muy lejos de las capacidades y las comodidades de un navío como el *Tri-Stella Maris*, la nave insignia del Servicio Cartográfico de la Flota, con una eslora de mil setecientos metros y una tripulación de más de dos mil personas. Que tampoco podía compararse con la nave almirante de la Flota, el *Carcharodón*, un buque que hacía ridículamente diminuto al *Tri-Stella*. Ser destinado a semejante buque era señal clara de distinción. O, como pensaban casi todos, de ser un lameculos. O como habría dicho Mankiewicz con su flema siriana, un «petimetre lisonjero».

Pero su tripulación prefirió su nave, y la prefirió a ella. Quizá fue a causa de Antilles, su mentor, quien, más que la Academia, la preparó realmente para el mando. Antilles fue un capitán respetado y de justa fama. Él fue uno de los que regresaron de la última expedición exitosa a un negro. A diferencia de los demás, hacerse rico no lo disuadió de seguir en activo. Nunca habló de su supuesta riqueza. Solo de lo increíble que fue llegar hasta un agujero negro y poder contarlo. Si no hubiera sido por cuestiones de salud, sin duda seguiría siendo el capitán de la *Banshee*.

Él la recomendó para el puesto ante el Alto Mando. Y la aceptaron sin dudar. Lo cual incluyó el ascenso, claro. La más joven de la Flota en ese rango. Florence siempre pensó que, más que por sus méritos propios, le otorgaron el cargo porque al Alto Mando le resultaba indiferente quién mandara en una nave del montón.

Una de las razones para estar allí, en ese punto del Brazo de Orión, en uno de los lugares más peligrosos de la galaxia, era el

viejo capitán Antilles. Mentor, padre, jefe... Gracias a él se reincorporó tras su accidente. Él la convenció de seguir adelante. En realidad, ni la fama ni las posibles regalías económicas si la misión salía bien le interesaban. Antilles le contó cuanto pudo de su salto a su agujero negro, con la fascinación y la exultante emoción de un descubridor, de un visionario. Con la reverencia de un creyente, algo que Florence no llegó a entender. ¿Por qué a su capitán se le llenaban los ojos de lágrimas al describir lo que vivió? ¿Por qué lo contaba con ese énfasis, con ese respeto? «Una de las más bellas y aterradoras manifestaciones de todo el cosmos, algo que te transforma, te cambia para siempre. La belleza absoluta y el terror absoluto dados de la mano. Si hay un Dios en el universo, sin duda habita en uno de ellos», le dijo una vez. Así que ella tenía que ver uno con sus propios ojos. Como científica, no podía dar crédito a la idea de un dios creador. Pero igualmente la idea le fascinaba.

Se levantó de la mesa para dejar su bandeja en el zócalo de reciclaje. Los demás, al instante, se levantaron. Las Normas se respetaban tanto en los navíos pequeños como en los más grandes de la Flota. Tradición, rutina, inercia. Daba igual que llegaran a ser ridículamente ineficaces: todos las cumplían. Les indicó con la mano que siguieran sentados.

—Esta tarde, a las 17:00, reunión en el Puente. Analizaremos los datos y trazaremos planes de contingencia. Descansen un poco.

Pensando en lo absurdo de algunas normas, como la Orden Ejecutiva 61/B, que dictaminaba que los horarios de toda nave de la Flota se regirían siempre por el cómputo de Kernel Prime estuvieran donde estuvieran, salió del comedor. ¿Qué más daba la hora en mitad del espacio, a años luz de cualquier lugar habitado? Evidentemente, quienes determinaban tales asuntos no vivían en una nave espacial.

Dejó el comedor, que también era sala común y zona de trabajo, para disfrutar de su único privilegio en la *Banshee*: la diminuta cabina del capitán.